

sordamente en el fondo de los corazones: basta abrir a la casualidad los libros de Epicteto y de Marco Aurelio para reconocer la estela luminosa del inmenso progreso moral realizado en tres siglos. La modestia, la humildad, la abnegación con que Epicteto proclama sin cesar la eficacia de la virtud; la ternura expansiva, el amor al prójimo, la adhesión a la felicidad de los hombres, que constituyó a la vez toda la vida y toda la filosofía de Marco Aurelio, parecen de otro mundo si se les compara con las primeras meditaciones estoicas sobre lo que produce la fuerza y dignidad del alma, sobre las relaciones del hombre con sus semejantes. Zenón y los demás maestros del Pórtico negaban el dolor y proscribían la piedad; casi consideraban como crímenes las debilidades del alma, las emociones más dulces y naturales. La Naturaleza ha recobrado sus derechos, en el mismo estoicismo, por Epicteto y por Marco Aurelio. Ya no hay en ellos nada de utópico: el uno ha dictado lecciones que han podido ser la regla de los santos del cristianismo, y el otro, pintándose á sí mismo, ha escrito uno de los más sublimes tratados de moral que se hayan escrito jamás.

Epicteto se concretó al estudio del alma humana, y no ha propuesto otro objeto a sus especulaciones filosóficas que el conocimiento de las reglas que deben guiarnos en la práctica de la vida.

Sus obras son una especie de comentario del espiritualismo platónico: el *Manual*, bajo una forma aforística y despojada de todo aparato científico ó literario; las *Disertaciones*, con más desarrollo, como convenía a un propósito de persuasión. El *Manual* es la substancia y el resumen de la enseñanza de Epicteto; las *Disertaciones* son esa misma enseñanza, tal como la recogió Arrio de labios de su maestro.

Marco Aurelio se acerca más aún al ideal humanitario. Es menos incompleto que Epicteto, hasta más prácti-

co, más realista, más profundamente humano. No es ya un maestro dogmatizante, es un hombre de bien que se da cuenta de todos los pensamientos, de todas sus acciones, y que escudriña, como tiene derecho a hacerlo, en el fondo de su alma. Su libro, más que un libro, es él mismo. El *Manual*, por el cambio de algunas palabras, ha llegado a ser la regla de San Nil y de los solitarios del Monte Sinaí; pero de las reprensiones que Marco Aurelio se dirige a sí mismo, tanto como de las excitaciones que se aplica con la misma franqueza cuando reconoce en sí la señal de alguna debilidad o la esperanza de alguna virtud, no hay quien, cualquiera que sea su condición, no pueda hoy mismo, y mucho mejor que del *Manual*, sacar saludables lecciones, provisiones, como decía la escuela del Pórtico, para el penoso viaje de la vida.

Esa noble filosofía estoica se nos presenta como la moral más completa de la antigüedad. Filosofía de la energía y de la «razón común», fué una escuela de energía viril, de fuerza moral y una escuela de humanidad. Verdad es que la moral que enseña puede parecer dura, altanera, gloriosa y hasta intolerante cuando sólo se ve la superficie; pero la dureza y el orgullo sólo son apariencias accidentales que ocultan el verdadero fondo del estoicismo; porque esa doctrina, según la palabra de Marco Aurelio, es un alma impasible y llena, no obstante, de los más dulces sentimientos para los otros. El fondo del estoicismo es la autonomía y el racionalismo en moral; es el deber razonado y la libertad interior; es la igualdad de todos los hombres y la filantropía; es también la paciencia viril y la dulzura filosófica, impregnadas de piedad excesiva hacia la fortuna y hacia los que nos oprimen. Se ha repetido, sobre la fe de una palabra de Aulu-Gelle, que todo el sistema se reducía a abstenerse y a soportar: de donde se ha deducido que era unútil a la vida común. Aulu-Gelle y todos los que le han seguido han olvidado las